

## RETORNO

Seudónimo: **Le Flaneur (1)**

Al descender del avión a Juan Luis nadie lo esperaba, pero recibió un fuerte abrazo de sol y primavera, el primero en 40 años.

Sería imposible explicarle a un habitante de Islandia cómo es el mes de octubre en Chile, los aromas, sus suaves vientos arremolinados casi siempre al ángelus, los altos cúmulos tan blancos como la nieve sobre un fondo azul. Y él, un geofísico con cuatro décadas en aquella isla volcánica en medio del gélido Atlántico Norte, nunca siquiera lo intentó.

Muchas veces quiso regresar, pero Islandia era como una droga imposible de abandonar. Ser geofísico no era para él un trabajo, una profesión o un oficio: era una pasión absorbente que lo ancló con fuerza toda una vida en aquella extraña tierra. Y tenía razón: no es que en ese lugar se diera una erupción volcánica a lo lejos, una manifestación esporádica, digamos, una vez cada diez años. No. Es el vómito de fuego constante cada minuto de cada hora, de cada día, semana y mes, de cada año desde que el mundo es mundo: y no tiene atisbo alguno de parar.

Pero debía regresar a trámites que aún en la era de la internet necesitan tener sentado en el mismo escritorio al interesado y al señor notario, frente a frente y firmar mirándose a los ojos. Del aeropuerto a su casa eran unos 20 kilómetros de trayecto y en los últimos dos, en su barrio, en su viejo y añorado barrio, sus pulmones se llenaron de un aire casi olvidado, cálido, de aromas en flor y eucaliptus, aires de su lejana, aunque omnipresente juventud.

## Le Flaneur (2)

Regresaba con 65 años a una casa tan solitaria como él, abandonada, habitada por última vez hace cinco años por un primo lejano de su madre. No tenía hermanos, ni sobrinos, ni una familia cercana que le esperara. Como hijo único sabía perfectamente, y desde siempre, que soledad y desesperación es la única compañía de esos seres después de la partida de sus padres. Abrió la puerta después de atravesar el antejardín transformado en una selva liliptiense. Al interior nada había cambiado, y aquellos lejanos parientes habían tenido la acertada precaución de cubrir cada mueble lo que facilitaría un aseo general. Subió al segundo piso. Al entrar a su cuarto se dio cuenta que no había sido ocupado jamás por los arrendatarios. Ahí estaba su niñez y juventud, sus primeros años, sus enciclopedias científicas, una gran foto del volcán Villarica en erupción, su microscopio, su trompo, su colección de autitos matchbox, su balón de fútbol desinflado. Pero más le llamó la atención una foto en blanco y negro de la cabaña familiar en Tunquén. Estaban en la terraza, y bajo una sombrilla, su madre, él de 12 años y la invitada de una cabaña vecina, Matilde, de su misma edad. Pensó: *¿qué habrá sido de aquella cámara, regalo de mis padres para ese cumpleaños 12?.* Atrás, y con su letra, se podía leer: *"Tunquén, febrero 1969"*. Era jueves, estaba citado en la notaría para el martes, deseaba descansar y jamás iniciaría una limpieza a fondo. De su velador tomó el llavero de la cabaña aún dentro de una cajita de lata. Preparó un pequeño bolso, se dirigió a un Rent a Car y de ahí rumbo a Tunquén para encontrarse nuevamente con su amado, recordado e inmenso Pacífico. Pero faltaba poco para entender que descansar junto al mar no era lo que le movía a viajar recién llegado: tan solo en tres horas conocería el sorprendente imán que lo atraía al litoral.

Desde lo alto del camino divisó su cabaña, fantasmal y solitaria, resistiendo los vientos en eterno equilibrio arriba de un risco. Recordó las palabras de su padre: *"Ni en mil años nos molestarán ni alcanzará el progreso: solo a un loco como yo se le ocurriría construir acá"*.

Subió la pendiente desde la playa a la cabaña, unos cincuenta metros de pretéritos jardines hoy cubiertos de hojarasca y de extrañas bolas de barro a las que no dio importancia. Después de lidiar con la chapa de la puerta y dos candados cubiertos de coque herrumbre, logró entrar. A diferencia de su casa en la ciudad, en la cabaña no había puesto un pie nadie en cuarenta años; y se notaba. De las vigas que soportaban el techo donde antiguamente pendían macetas, ahora, como estalactitas, colgaban espesas telarañas abandonadas hace mucho por sus tejedoras pues ni moscas ni insectos se interesaban en morar en ese abandono. Todo era polvo acompañado de un pesado olor rancio, a sal y a maderas descompuestas. Sillones que difícilmente alguien podría adivinar que alguna vez fueron forrados en chintz y hoy cubiertos por un costrón de tierra y tiempo. Una fuente de loza blanca y azul que alguna vez contuvo más de un guiso ahora cubierta de un gris profundo. Todo lo metálico estaba carcomido por el aire marino que se filtraba desvergonzada y libremente por las mil rendijas de las tablas.

Ruina total. Aquella cabaña abandonada por cuatro décadas era lo más parecido a un naufragio muriendo lentamente día a día en los filosos roqueríos de la costa.

Con cuidado y temiendo atravesar las podridas tablas del piso, entró al que fuera el dormitorio de sus padres donde el desastroso espectáculo era el mismo. Lo primero que notó arriba del tocador fue una redonda caja de sombreros donde

## Le Flaneur (4)

sus padres guardaban viejas fotos en sepia de la infancia de ellos y de él. La tomó con cuidado, salió al patio, deshizo el lazo que rodeaba la tapa y comenzó a ver, una a una, el registro de la vida de sus padres, abuelos, tíos y parientes, muchos que jamás conoció ni hubiera podido conocer. Sin excepción, todas tenían una leyenda al reverso con letra de antigua caligrafía hecha con pluma y tinta negra. Sus abuelos, su padre y un tío frente a un viejo Ford T: "*Viaje a Cartagena, marzo de 1930*". Su madre el día de su Primera Comuni3n sosteniendo un ramo de azucenas: "*Elo3sa, 8 diciembre de 1937*". Su padre y un grupo de compa3eros: "*3ltimo d3a, 6to. Humanidades, diciembre de 1945*". El en una foto en blanco y negro en brazos de su madre en la maternidad: "*Ya lleg3: se llamar3 Juan Luis, 5 mayo 1957*".

Hasta llegar al color, aquellos suaves y sesenteros colores AGFA . Encontr3 m3s de una docena, y en muchas, siempre presente, Matilde. En la playa construyendo un castillo y con la hermosa letra de su madre: "*J.L. y Matilde, 14/I/ 1964*". Seis o siete parejas bailando en el esplendor de la caba3a: "*JL y Matilde ¿esto ir3 a alg3n lado?..4/III/ 1972*". Una foto de 3l y Matilde de espaldas, bes3ndose y tomada por su padre a hurtadillas: "*Definitivamente, esto va a alguna parte.... 18/VI/ 1974*".

*"Matilde...mi Matilde, ¿qu3 fue de ti? Si, es cierto, lo promet3, lo prometimos: nos cas3r3amos al terminar mi carrera, pero la tr3gica muerte de mis padres me hizo huir, lejos, lo m3s lejos posible, poniendo entre la horrenda realidad y mi nueva tierra extensos 12 mil kil3metros. Amada Matilde, si estuvieras frente a m3 me arrodillar3 implorando tu perd3n...pero qui3n sabe d3nde puedas estar, tu, mi eterno y 3nico amor".*

## Le Flaneur (5)

Lloró largo rato, como lo hace un niño hambriento, pero de dolor. Cuando agotó las lágrimas levantó la vista hacia el jardín. ¿Que serían aquellas extrañas bolas de barro cubiertas de musgos a las que no dio mayor importancia? Tenían forma de maceteros, o sus propias estructuras lo eran y evidentemente estaban hechas a mano. Eran muchas, alineadas a cada lado del sendero que conducía a la cabaña, unas colgaban con un cáñamo de los arbustos, varias colgando de palitos multicolores, otras arriba de piedras. Se incorporó y las contó. Las más antiguas estaban cercanas a la entrada y eran robustas, cubiertas por un espeso y viejo musgo desde donde colgaban flores silvestres de la estación. A medida que se alejaban de la entrada, a las gredosas esferas las cubría un musgo más tierno, más reciente. Una, dos, cuatro, veinte...treinta...en total, treinta y nueve. No logró descifrar el enigma.

Bajó a la playa, hacia la tibia arena plagada de recuerdos.

Caminó por la orilla al borde de la rompiente, estableciendo un delicado equilibrio entre la seguridad de la arena y el peligroso oleaje. Era muy cierto: nunca dejó de pensar en ella durante cuarenta años, pero ahora, desde hace pocos minutos, era un pensamiento doloroso, obsesivo, y no podía ser de otra forma pues no se hallaba a 12 mil kilómetros, si no en el lugar mismo donde se habían amado. El camino por la playa era, ni más ni menos, una metáfora de su vida: la arena representaba a Islandia, la lejanía, el olvido, la seguridad, contrariamente, el bravío mar era la realidad, Tunquén, donde se habían jurado amor con Matilde, y también, el punto de inicio de su fuga.

De pronto, a una distancia desde donde pudo distinguir fácilmente una persona a pesar de la fina niebla producida por el oleaje que distorsionaba las formas,

## **Le Flaneur (6)**

una mujer caminaba vestida con un blanco traje de bambula, de largos cabellos grises y de una belleza que a pesar de sus incesantes y persistentes embates el tiempo no había logrado mellar.

Caminaba con paso decidido hacia la cabaña.

De sus manos colgaba una kokedama, de fresco barro gredoso y verde musgo, la número cuarenta, una por cada año de ausencia de Juan Luis que había partido para siempre un día como hoy, un 27 de octubre.

Era Matilde.

**FIN**

Seudónimo: **Le Flaneur**